

1. La fatalidad de la calle¹

The fatality of the street

OSCAR TRAVERSA
Universidad de Buenos Aires
Universidad Nacional de las Artes
CABA, Argentina
otraversa@arnet.com.ar

Letra. Imagen. Sonido L.I.S. Ciudad Mediatizada
Año VII, # 13, Primer semestre 2015
Buenos Aires ARG | Págs. 17 a 30
Fecha de recepción: 13/2/2015
Fecha de aceptación: 5/4/2015

- 17 En este trabajo se relacionan dos entidades, por un lado la calle, una entidad ligada desde siempre a los agrupamientos poblacionales estables. Tal condición exige recorridos estereotipados que dan lugar a una particular concepción del espacio: vivir en la ciudad exige darse pautas para recorrerla. La otra entidad son los instrumentos contemporáneos que aportan a la construcción (y conocimiento) de los recorridos ciudadanos: el *street view* y el GPS. Tales instrumentos se modelan sobre las viejas pautas y, a su vez, las conmueven. Al parecer, las conmuevas se hacen inteligibles de observarse según una partición que permite ordenar, en su diversidad, a la fatalidad de las conductas callejeras: lo íntimo, lo privado y lo público.

Palabras clave: conductas callejeras ~ street view ~ GPS

In this work, two entities are linked. On one hand, the Street, entity connected from the beginning to groups of stable population; such a condition requires stereotyped itineraries, which gives place to a particular understanding of Space: living in the city entails certain patterns to walk about it. On the other hand, the Contemporary Technologies that contribute to the construction (and knowledge) of city itineraries: Street View and GPS; such instruments are molded according to the old patterns and, at the same time, alter them. Apparently, these alterations become intangible to discern thanks to a division that allows the arrangement, in its diversity, of the misfortune of street behaviors: the intimate, the private and the public.

Keywords: street behaviors ~ street view ~ GPS

1 Una versión de este trabajo fue leída en el cuarto Pentálogo organizado por el Centro Internacional de Semiótica y Comunicación (CISECO) en Japartatinga, Brasil, luego publicado en *A rua no século XXI*, EDUFAL, Maceió, Alagoas, 2014. Esta versión difiere de las anteriores en que se han agregado un conjunto de aclaraciones, como pie de página, además de las menciones bibliográficas que la versión oral no incluía.

1. La calle y los softwares

Este trabajo se originó a partir de un encuentro que llevó por título: “La calle en el siglo XXI: materialidad urbana y virtualidad cibernética”, título que no deja de despertar cierta inquietud, principalmente por su carácter inhabitual, la calle no engrosa la agenda del momento y, además, el par “virtualidad cibernética” es en buena medida un pleonasma que suma ambigüedad: ¿lo apartiencial y lo concreto se oponen o se conjugan...? Sea bienvenido: el flotamiento confiere un grado más de libertad, en consecuencia invita a un tratamiento *distendido*, de ser así constituye excusa suficiente para el modo con que me propongo hacerlo.

Escogí dos formas operatorias, clasificables entre las virtuales, que tratan referencial e instrumentalmente de la calle: el artefacto llamado GPS y las aplicaciones de Google denominadas Google Maps, Street View y (de manera tímida y alejada, Google Earth). Como seguramente todos los lectores conocen se trata de recursos informáticos de uso común y de alcance universal, con pocas restricciones de empleo y con modos de acceso “amigables”. Nos remitimos entonces a unas modalidades de aludir a la calle absolutamente contemporánea, bien se sabe que estos recursos tienen unos pocos años, y en todos los casos con un empleo creciente y con promesas, por parte de quienes los suministran, de crecimiento, modificaciones y perfeccionamientos.

18

En cuanto al GPS se muestra como una amplificación y perfeccionamiento de las clásicas cartas geográficas o bien *mapas de ciudades*, en todo caso son dos los componentes que se ponen por encima del recurso tradicional. Ellos son: por un lado, la accesibilidad y las facilidades de lectura, que ahorran todos los procedimientos propios de la ubicación en un mapa, a través del empleo de la digitalización y, por otra parte, en los casos más perfeccionados, las actualizaciones en tiempo real (cortes de calles, imposibilidades de circulación, etc. para el GPS). Tanto desde el punto de vista configuracional (el lenguaje propio de las cartas geográficas) como los objetivos propios del empleo, han sido objeto de una rapidísima aceptación pública en los más variados actores de la vida ciudadana (choferes profesionales o particulares y caminantes). Esta aceptación práctica y vertiginosa del GPS no ha dejado ningún espacio, por el momento, de reflexión acerca de sus cualidades o efectos, la exitosa funcionalidad se impuso, al parecer, de manera dominante.

Algo diferente ocurre con Google Maps y Street View, al usuario común le surge como una suerte de complemento enciclopédico o bien un acompañante de la distracción o la ampliación cultural no demasiado exigente. Solo algunos, de mayor frecuentación como viajeros, se han interesado en elegir albergue en alguna gran ciudad o reconocer, gracias a la memorización de la cualidad de los edificios, algún trayecto a frecuentar.

Desde el punto de vista del inquieto por establecer relaciones entre la calle como realidad urbano-social y estos sistemas, Google Maps y su complemento Street View, no deja de presentar ciertas sorpresas, por ejemplo: si prestamos atención a los números que podemos visualizar a través de la pantalla, notaríamos una diferencia, mientras que los correspondientes a aquellos que indican la posición de un edificio son visibles, no lo son los de las placas de los automóviles o ciertas inscripciones indicativas, por ejemplo, de alguna marca de producto. Se encuentran también, cuidadosamente borrados, los rostros de los viandantes son poco frecuentes (en general esos registros no

pertenecen a los técnicos de Google sino a particulares interesados en colaborar con algunas imágenes). Es posible que esto se justifique en razón de evitar sucesos escandalosos, como el que hace poco se consignaba en la red, la noticia que informaba acerca de un episodio: “descubre que su novio le fue infiel gracias a Street View”.

Estas observaciones no son irrelevantes, dan cuenta de que los modos de referenciación, puestos en obra por este sistema, desbordan en mucho a la funcionalidad o una mera distracción, conllevan fuertes marcas de los vínculos entre las cualidades de los dispositivos comunicacionales y los desenvolvimientos de la sociedad, al igual que cualquier otro discurso.

Se nos hace evidente que la representación —empleada por el sistema GPS— se encuadra dentro de cánones establecidos, hace ya mucho tiempo en cartografía, lo que propende a producir una fuerte abstracción de las cualidades del territorio. Las relaciones gráficas de escala son aproximadas y puestas al servicio de la rápida intelección con el propósito de facilitar su empleo. Tal cual antes lo señalamos la funcionalidad es el rasgo dominante de este procedimiento informático.

19 En el caso de Google Maps, es distinto, ya que es una presentación de las calles solo parcialmente mediada por las representaciones cartográficas (introducción de esquematizaciones sobre fotografías) pero, finalmente, se trata de un registro fotográfico regido por las condiciones icónico- indiciales propias de esa técnica.

Las propiedades icónico indiciales² no son para nada inocentes en sus usos públicos, pues dan cuenta de las cualidades de un existente, piénsese en el ejemplo del conflicto con el novio infiel que podría extenderse a circunstancias difícilmente previsibles en sus consecuencias, de no eliminarse los rasgos de los rostros o las numeraciones de los vehículos.

2. Las Prácticas callejeras, públicas, privadas, íntimas

Los componentes que se ligan en el título de este encuentro (las calles, por un lado; por otro, la virtualidad cibernética) son fenómenos que se sitúan a niveles muy distintos. Lo que venimos comentando así lo indica, por un lado la calle, un fenómeno de larga duración, por otro, un conjunto de recursos técnicos de reciente desarrollo, pero fundamentados en técnicas de unos pocos o de muchos siglos atrás. Y, de hecho, si por un lado tenemos las hiperconcreciones de la actividad humana propia de un amplísimo período, por el otro la puesta en obra de un recurso discursivo que pone de manifiesto esas obras, en un momento tan efímero como cualquier otro.

Teniendo en cuenta estas consideraciones, pareciera que para dar cuenta de la asociación entre esos dos componentes, se hace necesario aproximarse a circunscribir, aun-

2 Vale la pena recordar que ya PEIRCE (1895 [1998]) consideraba a la fotografía como un ícono indicial, más cerca de nuestros días ROLAND BARTHES (1980) y JEAN MARIE SCHAEFFER (1987), cada uno a su modo, expandieron lo que se deriva de esa condición. Es decir su carácter de aludir lo que compete a la posibilidad de identificar la sustancia de una imagen y la posibilidad de predicar su condición de existente. El ejemplo de la identificación de la traición amorosa patentiza esa condición.

que fuera de manera esquemática, qué entendemos aquí por calle y qué relaciones tiene con la vida de esos que las han poblado, las pueblan y la seguirán poblando por un período muy largo como protagonistas: animales de la especie *Homo sapiens* junto a perros, gatos, caballos, camellos, monos, según el momento y lugar en que hagamos referencia a la calle.

Si solamente nos dedicáramos a detenernos en unas pocas observaciones notaríamos que se perfilan tres dominios de la actividad callejera que la operatoria discursiva de los softwares a los que aludimos pone, de algún modo, en evidencia. Por un lado aparecería un mundo *público* accesible sin restricciones, propio del espacio callejero, incluso con indicaciones de reglas catastrales, por ejemplo el número y nombre de las calles. Por otro, algo que correspondería a un ámbito distinto, el número de placa de un automóvil estacionado frente a un edificio o circulando. Acto, este último, que da cuenta de una acción individual que consiste en trasladar un bien mueble a cierto lugar; el carácter icónico inicial de la fotografía se haría cargo de revelar ese acto, que podríamos designar correspondiente a decisiones *privadas*. Otro espacio se diferencia de un modo que no se puede dejar de tener en cuenta como distinto del anterior: "...vio que una persona muy parecida a su novio estaba abrazando a una mujer...", esto indica el pasaje del mundo de lo privado a un mundo donde imperan otras reglas: el de lo *íntimo*.

Atentos a estas observaciones se podría afirmar que la calle como tal es un espacio en que coexisten los tres modos de desempeño en que es posible clasificar la actividad humana, cuya distinción preocupó tanto a GEORGE DUBY, PHILIPPE ARIÉS, PAUL VEYNE³ y tantos otros cuando emprendieron "La historia de la vida privada". Estos estudiosos bien sabían de las dificultades de establecer sus fronteras⁴.

20

Finalmente, la calle es un espacio continuo que se despliega entre los edificios destinados a la vivienda o a los servicios, permite entonces el acceso y a su vez el estacionamiento o el recorrido a través de su extensión. Los edificios que la bordean se emplean para el alojamiento de los grupos familiares, con todo lo que ello conlleva de distinto a las relaciones propias de la calle, que exceden la consanguineidad o alguna otra regla a la que se ajusten los grupos primarios o bien la vida en soledad. Los edificios no destinados a la vivienda permanente pueden estar al servicio de los cultos religiosos, las prácticas colectivas ligadas a la producción o la administración y también otros espacios propios del mundo del ocio. Estos diferentes conjuntos se atienen a reglas generales del funcionamiento habitual o bien especiales propias de un subgrupo social (mujeres u hombres en las comunidades de antaño, socios, cofrades, o dependientes laborales en las más modernas).

3 Los dos primeros fueron los directores de *La historia de la vida privada* y, el tercero, el autor de la "Introducción" (1985 [1991]).

4 De manera contemporánea con la escritura de este trabajo nos empeñamos en profundizar esa tríada, lo hicimos más adelante, en el 2014, que ensayamos realizar una interpretación de esa tríada a través de la categorías peirceanas de primeridad, seguridad y terceridad, esquema que pusimos en juego en un trabajo de próxima publicación presentado, al igual que este, en un Pentálogo del CISECO, también en Brasil. Allí tuvimos oportunidad de convocar un área de saber social, el derecho, a través de los trabajos de un compatriota ERNESTO GARZÓN VALDEZ (2003), quien justificó la tríada, por oposición a la díada, al igual que nosotros, con argumentos y ejemplos propios de su disciplina.

La calle⁵, por su diversidad, puede poner de manifiesto desempeños de los actores sociales no circunscribibles solo a las reglas clásicas de lo público o lo privado y se hace necesario, como veníamos viendo, incluir a las íntimas. Ninguna de las tres tiene un carácter rigurosamente reglado y bien establecido, podríamos decir al contrario que están siempre afectadas, en diferente medida, de zonas propias de normas no escritas. Siendo la calle un espacio potencial de despliegue o de transgresión de esas reglas explícitas o consagradas por alguna convención social. La calle, entonces, es un espacio de tensión permanente e, incluso, de violencia. Agregándose también un componente de diversidad que corresponde a las calles, al alcance de la experiencia de cualquiera que las frecuente, que consiste en su variabilidad.

No en todas las calles de la ciudad se ponen de manifiesto en la misma medida los tres dominios de las conductas ni sus desvíos, ni tampoco en todas las horas o los días del año se despliegan del mismo modo. Las zonas bancarias y de oficinas de las grandes urbes es un buen ejemplo de variabilidad diaria y semanal. En todo caso podría señalarse la dominancia de una tensión nunca resuelta entre los tres dominios, en tanto se suma además el acontecimiento excepcional o relevante (la fiesta, por ejemplo) o el accidente (social o político), la calle “vive y se nutre” de esos sucesos inhabituales. Muchas veces lo indica su propio nombre: “Reconquista”, evoca un hecho bélico allí sucedido; “Sarmiento”, indica el lugar donde habitaba un prócer, valgan esos casos de

21 Buenos Aires.

¿Como se asocia este mundo con las más sofisticadas tecnologías contemporáneas, pobladas de diagramas, fotografías, sonidos, relaciones inéditas hasta hace poco más de un decenio? Es difícil decir algo acerca del presente si se lo concibe con el imposible atributo de ser pura actualidad. La razón es sencilla ni el GPS tendrían lugar, mucho menos el Street View de no existir algo que registrar, las calles y su variedad precisamente.

3. La calle: origen y límites

Pensar que nuestros lejanos ancestros –los que precedieron al *Homo sapiens* incluso– pasaban sus vidas en una horda caracterizada por la violencia, que vagaba al acaso por territorios sin límites definidos, no es una visión compatible con las evidencias que nos libran tanto la biología como la antropología. Las exigencias de la recolección, la caza (en cuanto a la alimentación) y la crianza (para la pervivencia de la especie) exigían relaciones estables y colaborativas en el grupo y entre los sexos. Así mismo con un sutil conocimiento del territorio para su dominio y recorrido; fuente primordial –única– de los recursos tróficos y de abrigo. La frecuentación del espacio abierto, propia del nomadismo, da lugar a la existencia de trayectos periódicamente recorridos, necesariamente restringidos. A partir de la fijación espacial de los colectivos (comenzada hace más de diez mil años) gracias a la agricultura y la domesticación de ciertas especies

5 En lo que sigue hacemos funcional a nuestro propósito de relacionar algunas propiedades de las vías urbanas y ciertos artefactos que modifican nuestra mirada sobre el conjunto, pero existen plurales modos en que la ciudad (sus calles) convocan nuestra mirada, basta recorrer *La imagen de la ciudad* y detenerse, página 112, “La forma urbana” para multiplicar nuestra visión de la calle: KEVIN LINCHA, Gustavo Gilli, Barcelona 1960 [2008].

animales que, por medio de su manejo asociado, da lugar a la instalación poblacional que culminaría en la reconfiguración de los trayectos, propios de la espacialidad urbana y distintos a los de una movilidad periódica y frecuente⁶.

Las localizaciones más antiguas, conocidas hasta el momento, presentan un esquema homogéneo fruto del señalado proceso: unidades de viviendas separadas por pequeñas distancias, distinguiéndose en el conjunto algunos edificios de mayor tamaño, destinados presumiblemente a actividades colectivas propias de las segregaciones sexuales, derivadas de las reglas de parentesco o bien destinadas al culto. Este esquema da lugar a una serie de circuitos que hacen posible la llegada a las viviendas o a los edificios sociales, trayectos que suelen cumplirse con ciertas regularidades y restricciones. Esquemas de circulación estable en el tiempo y localizado, diferente a los propios del nomadismo.

Con variantes, los esquemas circulatorios, restringidos y estereotipados, perduran hasta el presente y seguramente perdurarán por largo tiempo, el artefacto que hace posible esos recorridos recibe el nombre de calle. Junto al dominio de la agricultura y la domesticación animal, el manejo de la instalación en pequeños espacios proviene del Neolítico, da lugar —no sabemos aún con que consecuencias cognitivas— a una lógica del manejo del espacio.

Fatal entonces, para los habitantes de los asentamientos urbanos, proceder con el artefacto calle, nadie puede obviarlo incluso el imposibilitado de circular, depende, por interpósita persona, de quien pueda hacerlo. Una condición exigida entonces, desde hace algunos milenios para el *sapiens* urbano, es la de producir sentido cuya referencia principal, en lo espacial, está asociada al esquema de organización de las calles⁷.

22

Pero no solo a través de un motivo referencial genérico sino que estas referencias competen plenamente a sus posibilidades de existencia. Enunciados del tipo: “debo ir por X para llegar a Y para...” son construcciones exigidas y decisorias que comprenden la puesta en obra de recursos de la lengua asociados con sistemas diagramáticos. Los que dan cuenta de las configuraciones propias de las tramas y sus posibles recorridos y entraña complejos procesos cognitivos (de memoria, orientación, etc.).

Desde la lejana epigrafía hasta Google Maps, los recursos diagramáticos posibilitan el alimento, el trabajo, la sexualidad, atenúan el peligro o el esfuerzo, en síntesis: deflac-

6 Es del mayor interés para quienes se dedican a estudios de la comunicación contemporánea recurrir, por ejemplo, a las páginas de textos como *El sueño del neandertal* (CLAVE FINLAYSON 2010) para reconstruir las relaciones entre los procedimientos simbólicos, necesarios para enfrentar las contingencias propias de las necesidades alimentarias, y el dominio del territorio. Tales soluciones se articulan con otras de tipo social, procesos colaborativos indispensables para sostener las complejas relaciones con la naturaleza (detección de las presas en bastos territorios, ejercicios de la caza en grupo, procedimientos de conservación, fragmentación). Estos conjuntos operacionales exigen tanto reglas de procedimiento como complejas relaciones comunicacionales para cumplirlas.

7 Es imposible dejar de aludir a JEAN-FRANCOIS AUGOYARD (2010 [1979]) como iniciador del estudio de los modos de producción de sentido a partir de la relación calle-espacio urbano, su intento de generar una retórica de los recorridos cotidianos culminó en una semiótica de los desempeños ciudadanos. Esto le permitió el asignar al caminar el carácter de constructor de un espacio reformulado a partir de lo dado por lo construido de la ciudad. Estos avances son retomados, más tarde, por MICHEL DE CERTEAU, con un lenguaje época en *La invención de lo cotidiana. 1 Artes del hacer*, Capítulo VIII “Andares de la ciudad” (1996 [1990]).

cionan la complejidad de modo de liberar al cuerpo propio de los excesos de ejercicios y articularse con el de los otros, en tiempo y forma.

La calle constituye solo una parte de los nexos ciudadanos, hace medio siglo Kevin Lynch lo señaló, las sendas urbanas son múltiples, incluyen todo tipo de vías férreas, por caso, pero la calle como tal —aquí la entenderemos así— se singulariza por la condición de circulable por los humanos y plurales vehículos de manera conjunta (o a veces solamente circulable por los humanos en tanto peatones) y que además no desborda por su extensión a la urbe⁸.

Debemos pensar la calle como la condición misma de existencia de los agrupamientos urbanos, su precedencia específicamente planificada o no es empírica, precede a la edificación, es la manifestación de una actividad fundadora. Los edificios son transitorios, en cambio las calles tienen una dimensión trascendente que se enraíza en una lógica del espacio que liga a lo dado —lo natural—, la marcha del sol, la dirección de las corrientes de aire, los accidentes topográficos, conjunto que soporta las construcciones míticas y las jerarquías sociales propias de la organización colectiva.

23 La patentización de esa lógica, suma de accidentes naturales más historia, la tenemos frente al GPS que a nuestro pedido nos remite ciego a las contingencias de origen, en un instante, a lo sedimentado en el tiempo.

4. Vasos comunicantes

Contrariamente al GPS, el Street View nos remite a ese mundo que calla el GPS. Veamos. Para acercarnos a esa otra visión de las calles, la del Street View, es necesario remitirse a las maneras en que las calles ligan los espacios públicos, privados e íntimos en el conjunto del despliegue urbano y se dan a ver fragmentariamente en el espacio de la calle. A las conexiones entre lugares antinómicos o de condiciones más o menos cercanas (lo que vincula la calle con una vivienda familiar o un café, por ejemplo) las llamaremos *vasos comunicantes*. La figura de estos artefactos poblaba y puebla los libros de física de uso escolar. Consisten en dos tubos en posición vertical unidos por sus bases, los que pueden contener líquidos semejantes o no (agua y aceite, agua y agua, agua y mercurio, etc.) de acuerdo a sus características y cantidad, establecen equilibrios a diferentes alturas de cada uno de esos tubos. Algo semejante ocurre con las categorías de público, privado e íntimo en las calles y los espacios contiguos. Lo que se da al observador es aquello que liga los tubos de los vasos comunicantes e indica las cantidades relativas de cada uno de los componentes: ¿se come en las calles?, ¿se estacionan grupos?, ¿se duerme?, ¿se comercia? Las proporciones de cada una de estas, propias de lo público, lo privado y lo íntimo, caracterizan a las calles en un momento del día, en una estación del año, en los períodos laborales o festivos e incluso, en los accidentes.

8 Este aspecto debe ser interpretado de acuerdo a la posición de quien analiza y en que momento se examina la cuestión del límite de la ciudad. Lynch que adopta una perspectiva estético visual se inclina por los límites estilísticos, no siempre coincidentes con los físicos. El llamado tejido urbano frecuentemente se encierra y separa del resto por una gran vía de circulación.

El nexa más notorio entre estos espacios es la puerta, George Simmel fue quien trató, a principios del siglo XX (1905), el papel de este artefacto. En el tramo final de su ensayo "Puente y puerta" así lo sintetiza: "El cierre de su -ser- en casa por medio de la puerta significa ciertamente que separa una parcela de la unidad ininterrumpida de su ser natural. Pero así como la delimitación informe se torna en una configuración, así también su delimitación encuentra su sentido y su dignidad...". Otra reflexión de Simmel habilita a pensar un segundo modelo de vaso comunicante, el que concierne a un artefacto unidireccional: la ventana. Artefacto que privilegia la relación entre adentro y afuera, gracias a la transparencia, habilita para ese acto pero cierra la posibilidad de entrar o de salir.

Las ventanas no se sitúan, por sus efectos, en una situación semejante, las ventanas bajas son potencialmente bidireccionales, se puede mirar para afuera pero también se puede mirar el adentro; mientras que las ventanas altas favorecen el mirar hacia afuera. Es decir que las ventanas vaso comunicantes bajas admiten la violencia de escudriñar en la privacidad o intimidad, mientras que las altas son siempre una amenaza de mirada no controlable por el habitante de la calle. Estas aberturas entonces son verdaderas máquinas productoras de sentido a partir de estímulos visuales y también, no menos, de posibilidades que brinda el sonido.

Otro para nada menor vaso comunicante nos ilustra de estos mecanismos, se trata de las vidrieras, una transparencia pero a la inversa de las ventanas, en lugar de propiciar la mirada furtiva, convoca a su ejercicio insistente. Hace que se pase de la amplitud del espacio urbano, librado a lo público, a un fragmento que da cuenta de las singularidades de algo aplicado a lo privado o a lo íntimo. ¿Pero que tan privado o íntimo puede ser si invita al empleo colectivo?, todo depende del tipo de mercancía o servicio al que se abre esa vidriera (herramientas, ropas, mujeres). Es precisamente de esa tensión de la oferta que la vidriera se abre a una multiplicidad de expectativas. La vidriera como tal es una muestra de la diversidad del mundo que nos libra la calle, gracias a la mediación de una transparencia que, a su vez, mediadora entre la calle y el interior es la indicadora de una potencial decisión (comprar o no comprar, usar o no usar, consumir o no).⁹

24

El Street View es una suerte de catálogo de los vasos comunicantes de una ciudad, la calle queda definida por los frentes de los edificios y esos frentes no son otra cosa que los lugares de alojamiento entre la conexión de los vasos comunicantes. Cuando aludimos, a modo de ejemplo, a la diversidad de vasos comunicantes, podríamos decir que la relación con cada uno de ellos depende de otra relación, tanto la que corresponde a la distancia, como la posibilidad de fijación de la mirada. Será necesario detenerse entonces un momento en las relaciones entre cuerpo y desplazamiento, la calle en *condiciones naturales* de ejercicio, habilita varias posibilidades; los instrumentos *cibernéticos*, a diferencia de esas *condiciones naturales*, cuentan con ciertas variantes. Pasemos a revisarlas.

5. Andar por la calle

La calle es un artefacto cuyo fin principal es la circulación, hacer posible el traslado

9 La vidriera como tal se incluye en lo que nosotros denominamos *discursos intermediarios* (TRAVERSA, 1984), aquellos que propician la relación entre instancias separadas (la producción y el consumo), tal tipo de vínculo le exige propiedades particulares (la publicidad es un ejemplo típico).

de un sitio a otro de nuestro cuerpo, con el propósito de integrarlo a la vida colectiva para dar satisfacción a sus múltiples necesidades. La dimensión de los asentamientos ha dado lugar a diferentes maneras de hacerlo y, además, la puesta en obra de recursos para superar las distancias o los eventuales obstáculos¹⁰.

Andar, hacer camino en la ciudad, es el modo de encuentro con la diversidad del mundo que ningún punto fijo puede capturar, la calle como tal solo es legible en su recorrido, es allí donde adviene la diversidad que si bien es múltiple en cualidades de sustancia (la experiencia a que da lugar la calle es no numerable), las posiciones de observación para registrarla, posiciones estructurales del observador —*en tránsito*— son unas pocas.

Podríamos distinguir tres posiciones básicas: la del caminante, la del jinete y la del cochero, en el decurso del tiempo estos modos han variado en cuanto a los vehículos utilizados para la circulación, los que han dado lugar a variantes nominales pero homogéneas en cuanto a sus propiedades (ciclista, automovilista, etc.). Esta tripartición se define, asimismo, por una tríada de dimensiones que permiten caracterizar las diferencias (velocidad de desplazamiento, posibilidad de mirada, aptitud para el contacto) las tres susceptibles de adjudicárseles valores vectoriales. El peatón puede marchar tan lentamente como el jinete o el cochero, pero los dos últimos pueden hacerlo más rápido que el primero. La relación de posición y distancia de la mirada es distinta en los tres casos, pero es posible que, en el límite superior (situarse igualmente alejados) puedan coincidir, pero la naturaleza de los artefactos en cada caso, propende a la diferencia. La ágil artefactualidad del peatón (sus piernas) habilita lugares distintos a las posibles del jinete o la del cochero. El peatón puede entrar en un templo no así (o solo por accidente) el jinete o el cochero.

El jinete y el cochero distancian sus cuerpos del de otros viandantes, comparten solo con sus eventuales compañeros —otro jinete, un montado en la grupa del caballo, los que ocupan el pescante de un coche o las butacas, si se trata de un pasajero.

El peatón, en cambio, es siempre un cuerpo presente para otro peatón, nos tocamos con otros, sin distingos y sin planes. La promiscuidad de la calle —propia del peatón— debe ser negada para poder existir como espacio público, requiere una afinada proximidad de los viandantes y un amplio repertorio de señales de cortesía.

Este repertorio de posiciones tanto el GPS como el Google Maps y el Street View, presenta sus variantes. El GPS, ya lo hemos señalado, es una versión *cartográfica* de la organización del espacio, especialmente del urbano, lo que importa es la claridad puesto que los operadores puede suponerse que se encuentran en situación de toma de decisiones inmediatas. Se debe llegar a algún sitio de la mejor manera y, además, inmediatamente subsecuente al momento de la consulta. Esto se ve complementado por las informaciones verbales, sean estas rutinarias correspondientes a la descripción de la ruta o de *noticias*, contándose con la conexión o software correspondiente, *en tiempo real*.

La articulación entre Google Maps y Street View se sitúa en una posición significamente diferente al GPS. No se trata de una construcción esquematizada si no de derivados de la fotografía, que se valen del recurso de la aproximación en zoom hacia los objetos te-

10 “El movimiento y la avenida” (página 614), presente en *La ciudad y la historia* de LEWIS MUMFORD (1989 [2012]) presenta una interesante reseña de las relaciones entre rectitud de las vías transitables y el ejercicio del poder y sus recursos (los ejércitos).

rrestres por parte del Google Maps. En el caso del Street View la fotografía es un continuo del recorrido callejero, como se ha señalado también, este recorrido nos muestra el espacio urbano en términos de fachadas, contrariamente a Google Maps que mostraría la superficie de los techos o los vacíos de edificación ciudadana. La escala en que ambos están contruidos es diferente y proceden así mismo de técnicas de captura de la imagen distintas. Mientras que Google Maps es producto de capturas fotográfico satelitales a gran distancia; Street View se produce por la toma de vistas por el recorrido a través del espacio de la calle de dos tipos de unidades vehiculares: un automotor en un caso, en otro una bicicleta y en un tercero, más reciente, un caminante, los tres provistos de cámaras especialmente equipadas para ese fin.

Como podemos observar, la calle patentizada tanto en su configuración topográfica como en su arquitectura, a partir de ciertas posiciones posibles y otras absolutamente imposibles para el desempeño humano, es quizás el examen de este punto el que nos permitiría, gracias a la aplicación de criterios comparativos, poder establecer qué agregan o qué quitan estos recursos a la experiencia cognitiva de los humanos e incluso abrirse a ciertas conjeturas de lo que podríamos esperar de estos procedimientos.

6. Los decires de las técnicas

Al referirnos al GPS señalamos que se trataba de una suma, por una parte el aporte cartográfico; por otra, el modo de acceso a distancia gobernado por un recurso de conexión que, gracias a articular procedimientos electrónicos, admite la rápida consulta y más precisamente el acceso directo e inmediato a los datos. Tales recursos traen aparejada la posibilidad de cálculo. Es decir, además de responder dónde está tal cosa indicar la forma de cómo llegar a ese lugar a través de un cierto recorrido, de carácter óptimo, en relación al tiempo de acceso, por ejemplo. Se ha sumado entonces a nosotros, gracias a este instrumento, un recurso de cálculo que proviene de aplicar ciertos algoritmos a una estructura de trama, tal cual la organización de las vías urbanas.

26

El caso de Street View resulta de otro procedimiento, se trata del registro fotográfico de los accidentes ciudadanos de carácter arquitectural o natural que son indexados a partir de sus nombres catastrales, lo que permite aplicar a partir de un sistema alfanumérico las diferentes localizaciones. En este caso no existe un procedimiento de esquematización si no se vale de las propiedades especialmente icónicas de la fotografía para establecer las diferencias y proceder a las localizaciones, por parte del consultante. Mientras que en un caso el punto de vista a que da lugar el GPS es unívoco, marca un recorrido del punto de partida al punto de llegada a través de una mostración esquemática sin solución de continuidad de la partida a la llegada; mostrando calles, avenidas y diferentes accidentes ruterios en forma esquemática a partir de una codificación estable.

Podríamos decir entonces que nos encontramos frente a una situación signica diferente a cada caso. La fotografía, un signo icónico indicial, da lugar a dos experiencias diferentes: por un lado la cualidad diferencial basada en el componente icónico y, por el otro, el componente indicial que nos indica el carácter de existente de las diferentes entidades (calles, frentes de casas, ventanas, etc.). Dado que, por el momento, la información del Street View es *diferida* lo que se puede afirmar de aquello que se ve es que eso que tengo frente a mis ojos, lo que en algún momento fue así y posiblemente puede no ser idéntico a un registro hecho más adelante (entre otros el que estoy viviendo).

Al igual que el GPS y el Street View, es posible sostener que producen una ampliación cognitiva, recorrer las calles de las ciudades que han sido registradas y construir una precisa imagen de muchos de sus aspectos. Pero, lo hemos señalado, la articulación entre las dimensiones pública, privada e íntima, encuentra, en este procedimiento un conjunto de limitaciones que acotan ese acceso cognitivo o lo dificultan. La terraza de mi casa es posible de ser vista, en rasgos generales por el Google Maps, por ejemplo, pero si este trabajara a una resolución mayor que la que habitualmente emplea, me vería expuesto a la vista del público tanto en desempeños privados como íntimos sin posibilidades de control. Este recurso, entonces, se enfrenta a una delicada cuestión de derecho.

7. Configuración, relaciones y modos de decir

27 Podríamos reformular lo que hemos señalado poniendo en juego un conjunto de nociones que posibiliten una interpretación más precisa de lo que venimos intentando, en primer lugar procurar distinguir las cualidades vinculares de cada uno de estos artefactos que nos dan acceso a la calle podríamos decir la representan. El GPS como tal establece entre distancia textual y distancia de lectura entre la producción y el reconocimiento, un vínculo desnivelado. Por un lado el GPS que conoce y por el otro quien lo consulta, ignora y apetece un resultado, al lado de quien reconoce la presencia plena de un cuerpo, un ojo y una mano humanos que actúan, por el otro lado un complejo técnico que brinda configuraciones discursivas susceptibles de lectura e interpretación y, finalmente, disponen para la toma de decisiones. El dispositivo, entonces, da lugar a esa relación funcional desnivelada a partir de enunciados mixtos asertivos (dibujo, escritura, aporte fónico) cumpliendo así una modalidad enunciativa *informativo didáctica*, deflactora de la complejidad urbana, en vista de una finalidad práctica.

El dispositivo Google Maps y su apéndice Street View se sitúan en un lugar diferente puesto que la remisión al mundo de la imagen establece una relación muy distinta. Se trata de entidades de las que se supone una cierta continuidad, incluso en sus rasgos en apariencia más inestables (el color, por ejemplo). Podríamos encuadrar a esas imágenes dentro de la clase de las descripciones pero como tales se vería privilegiada la espacialidad (dado que el estar en un lugar es el primer indicador o la primera revelación de esas imágenes, cada foto proclama soy New York o Paris) seguido de la cualidad indicial que en la fotografía se manifiesta por la presencia misma (entrar dentro de la clase fotografía que supone el enunciado estoy en un lugar y existo) a lo que se suma un componente icónico que resulta así identificado, en cuanto a su pertenencia.

La fotografía se situaría en un lugar distinto al que le corresponde a las imágenes del GPS, mientras que las imágenes del GPS son señaladas por una regla de diseño (anchura, color, espesor del trazo). En el caso de Street View no se trata de una regla lo que identifica a un existente, sino la singularidad de un trazado y la cualidad de estar en un lugar definido; de alguna manera dar cuenta de que se trata de un palacio que cuenta con puertas y ventanas, es decir, remisiones a la experiencia visual por una lógica propia de la semejanza. El vínculo, al que da lugar, es aquí distinto al que promueve el GPS, puede promover juicios de tipo apreciativo: "es más bello que el lugar donde habito", "se asemeja a un barrio de N.Y.", etc.).

Valernos del GPS y del Street View comporta relaciones con reglas de distinto orden, en ambos casos un pequeño grupo que compete al acceso y otras al manejo, las que definen la cualidad de los enunciados posibles de suscitar. Por el lado del GPS preferentemente asertivos: “...la calle X es la continuación de la Z...”; por parte del Street View: “...la calle X es más pintoresca que la Z...”.

8. Inferencias

A esta altura es posible preguntarse con mayor precisión qué tipo de relaciones son pensables entre estos dispositivos, la calle y sus actores. Señalamos, al principio, que la calle es una experiencia fatal para el *Homo sapiens* urbano, como veremos enseguida, los instrumentos fruto de su actividad son, asimismo ineludibles para su sobrevivencia, los llamados *cibernéticos* o *virtuales* corresponden a un momento de su evolución tan ineludibles como los instrumentos de silicio en momentos lejanos de su evolución.

Si pensamos en términos del par GPS, Street View-Google Maps, partícipes de más en más en nuestras vidas cotidianas, que incluso se aloja en nuestros teléfonos, nos hemos acostumbrado a que, en breve tiempo, no será lo mismo, se agregará algún procedimiento, ampliatorio y facilitador, que se pondrá en sintonía con alguna nueva o vieja exigencia, modelada de una manera inédita¹¹.

28

Si por un momento pensamos en el GPS, el más elemental, el empleado por las tres grandes variantes de la circulación urbana (los derivados contemporáneos de los peatones, caballeros y cocheros), podemos pensar en ampliaciones cognitivas y de cálculo, no fáciles de prever. Las ampliaciones, por caso, relacionadas con la información en *tiempo real* son diversísimas, incluidas las derivadas del cálculo (por ejemplo: consumo de combustible, costos y tiempos comparados de transporte, cruzados con previsiones de eventuales accidentes atmosféricos, etc.) a partir de algoritmos conocidos puestos en obra recurriendo a bases de datos de procesamiento corriente. Estas ampliaciones cognitivas se refieren al territorio y se despliegan en el territorio, su factibilidad supone que su acción beneficia a un particular (un conductor de taxi y sus pasajeros) sin desmedro de terceros.

Si ahora pensamos en el Street View-Google Maps, la cuestión es distinta, más allá de las dificultades y costos propios de la extensión del Street View a los conjuntos urbanos, tal extensión —absolutamente factible, técnicamente, en este momento— se ve limitada por una situación inversa a la que suscita el GPS. El aumento de resolución de las imágenes fotográficas sobre el espacio urbano comporta una insuperable violación de la privacidad. Los espacios vacíos que rodean a las viviendas o a ciertas instalaciones públicas o privadas ligadas a la defensa o la industria o, asimismo, las terrazas lugar privilegiado no solo de lo privado, sino también de lo íntimo.

11 “La más sofisticada de las tecnologías de comunicación debe adaptarse siempre, en reconocimiento, al equipamiento biológico de la especie, invariable desde el alba de la humanidad: el sujeto signifiante y sus cinco tipos de captores sensoriales”, señala VERÓN (1987). Enseguida comenta que “...la utopía tecnocrática consiste en provocar una suerte de encuentro imaginario entre producción y reconocimiento, proyectando la primera sobre la segunda”, pasados casi treinta años de la producción de este texto se han agudizado esos intentos, a partir de la inflación imaginaria resultado de los cambios técnicos del período.

Desproporción entre recursos técnicos y consecuencias sociales que nos hablan de la fuerza de esas dimensiones en la gestión de los límites de esa fracción del territorio que designamos como calle.

El servicio del GPS tiene algo de la rueda o la vela marina, se inventaron en algún momento y no fueron modificadas nada más que en detalles accesorios, el sólido principio en que se fundaron no se conmovió. El GPS se vincula con la diagramática de las cartas a las que se ha sumado, en una sola unidad los empleos y potencialidades de cálculo que el principio cartográfico abrigaba; se suman, además, un sinnúmero de soluciones que facilitan el contacto. El Street View trae a cuento, en un *click*, lo que en otro momento exigía fatigar múltiples bibliotecas y desplazamientos que podían ocupar un apreciable tramo de la vida. Estos dispositivos dan una sensación de completud; más aún, dan una sensación de posible completud, de que albergan una potencialidad sin límite aparente.

29 Esta sensación es quizá superficial y quizá también equivocada, si nos remitimos a lo que señalamos como los recorridos de las calles indicamos tres posibles básicos: el peatón, el jinete y el cochero (en su lugar pueden ponerse el peatón, el ciclista y el automovilista, o bien: el *runner*, el motociclista y el colectivero). El Street View, por ejemplo, satura el campo experiencial de la calle, seguramente no. Más allá de que es necesario reconocer que supera en buena medida al cochero y, a veces, al caballero, pero nunca alcanza al peatón. El Street View admite recorridos, detenciones, rotaciones y acercamientos, propios también del peatón pero falta el contacto, no solo la del nexo y la transmisión del estímulo físico, sino falta lo principal su historicidad ontogénica (no menos la filogenética) inscrita en nuestra memoria.

Que la calle, sus esquemas de mirada, sus evocaciones del contacto, hasta la mínima simbología de unos desperdicios echados al aire, la cuenta de lo producido por el arte para tratar de abarcar a la calle sería un relato sin fin. El cotejo con las máquinas, finalmente el Street View y el GPS lo son, insiste en señalar lo que sabemos desde niños: la calle es el lugar del cuerpo, lo sabíamos cuando furtivos o desobedientes abandonábamos el hogar familiar.

9. Final

Es posible que este destino diferenciado de dos dispositivos sea propio de la naturaleza tensa de la calle en cuanto a los posibles despliegues del comportamiento social: las instancias públicas, privadas e íntimas de despliegue del *Homo sapiens* son el resultado de fenómenos evolutivos inscriptos tanto en la corta como en la larga duración histórica: las cuestiones territoriales, los agrupamientos reproductivos (relaciones de parentesco y de pequeños grupos), roles sexuales, vienen de lejos; en cambio la sedentarización, la especialización del trabajo, el estado, la escritura, la calle son parte de la corta duración. Tanto una como otra han sido caracterizadas por exteriorizaciones de la mente de carácter material que han intervenido de manera protagónica en sus cambios evolutivos, a partir de los primeros instrumentos, supletorios de algún déficit para enfrentar las contingencias del ambiente. Hace unos diez milenios los cambios lentos que precedieron se aceleraron de una manera vertiginosa, y en los últimos cinco siglos se multiplicaron los cambios y quizá, en los últimos doscientos, aun más. Me refiero al papel de los medios, de la imprenta en adelante.

Muchos de los grandes hallazgos técnicos que han acompañado la evolución como protagonistas, desde los instrumentos líticos hasta la digitalización lograda por las placas de silicio, tienden a naturalizarse, se integran a nuestras vidas como la lluvia o el sol. Peor aún, se suelen banalizar, al situarse en una zona de indiferencia epistémica, pareciera que el hecho de emplear los resultados de una técnica eficaz borra su inscripción en el decurso de la historia, y deja de lado el asombro o los temores que produjo en el momento de su emergencia. En estas páginas, acercando un resultado técnico del pasado (la calle) con uno del presente (GPS, Street View), tratamos de mostrarlos asociados, ineluctablemente, con las contingencias del tiempo que, en lo que a comunicación se refiere, su rumbo es no lineal y azaroso.

BIBLIOGRAFÍA

- AUGOYARD, JEAN-FRANCOIS (1979 [2010]) *Pas a pas. Essai sur le cheminement quotidien en milieu urbaine*. A la Croisée Eds., Marcella.
- BARTHES, ROLAND (1980) *La chambre claire. Note sur la photographie*. Cahiers du Cinéma Gallimard Seuil, Paris.
- ARIÉS, PHILIPPE Y GEORGE DUBY (1985 [1991]) "Prefacio a la Historia de la vida privada", en *Historia de la vida privada 1*. Taurus, Madrid.
- DE CERTEAU, MICHEL (1990 [1996]) "Andares de la ciudad", en *La invención de lo cotidiano. Artes de hacer*. Universidad Iberoamericana, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, México.
- FINLAYSON, CLIVE (2010) *El sueño del neandertal. Por qué se extinguieron los neandertales y nosotros sobrevivimos*. Drakontos, Editorial Crítica, Barcelona.
- GARZÓN VALDÉS, ERNESTO (2005) "Lo íntimo, lo privado y lo público", en *Cuadernos de transparencia* N° 6, México.
- LINCH, KEVIN (1984 [2008]) *La imagen de la ciudad*. Ediciones Gustavo Gilli, Barcelona.
- MUMFORD, LEWIS (1989 [2012]) *La ciudad en la historia. Sus orígenes, transformaciones y perspectiva*. Editorial Pepitas de Calabaza, Logroño.
- PEIRCE, CHARLES SANDERS (1895 [1998]) "Of Reasoning in General", *The essential Peirce. Selected Philosophical Writings*. Nathan Houser and Christian J. W. Kloesel eds., Indiana University Press, Bloomington and Indianapolis, IN.
- SCHAEFFER, JEAN-MARIE (1987) *L'image précaire. Du dispositif photographique*. Éditions du Seuil, collection Poétique, Paris.
- TRAVERSA, OSCAR (1983) "La especificidad de la crítica", en *Cine: el significante negado*. Hachette, Buenos Aires.
- VERÓN, ELISEO (1987) "El cuerpo reencontrado", en *La semiosis social*. Gedisa, Barcelona.
- VEYNE, PAUL (1990 [1996]) *Historia de la vida privada 1*. Taurus ediciones, Madrid.